

¿Museos militares?

Discurso pronunciado por el general de brigada D. Juan Bosco Valentín-Gamazo de Cárdenas, con motivo de su ingreso como Académico de Número en la Academia de las Ciencias y las Artes Militares el día 26 de enero de 2022.



Excelentísimo señor presidente, mi general, excelentísimos académicos, familiares y amigos que nos acompañan. En primer lugar, quiero agradecer su presencia en este acto, así como agradecer también a la Academia la decisión de mi admisión como académico de número.

Cuando a finales del año 2013 me comunicaron que iba a ser destinado a la dirección del Museo del Ejército en Toledo, sentí una sensación muy parecida a la de los momentos previos a la salida por la puerta del avión en mis años de servicio en la Brigada Paracaidista. No llegaba a lo que describe nuestra oración como enfrentarse “ante un abismo abierto con su ingrata incertidumbre”, pero no dejaba de ser una novedad el reto de afrontar algo tan diferente a lo que había hecho en mis anteriores 40 años de servicio.

Alguna pequeña vinculación con el mundo del arte había tenido en mis destinos en el Cuartel General del Ejército cuando fui responsable del mantenimiento del Palacio de Buenavista, primero como jefe del Regimiento Inmemorial del Rey y posteriormente como secretario general del Estado Mayor del Ejército, puesto que implicaba también la Jefatura del Acuartelamiento. Allí tuve la oportunidad y la suerte de conocer y empezar a trabajar con la profesora y académica Mónica Ruiz de Bremón, conservadora del Palacio, y que hoy me acompaña en este lance.

Recuerdo especialmente de este periodo las filigranas administrativas, perdón por el eufemismo, que tuvimos que hacer para conseguir los fondos con los que restaurar los tapices del Patrimonio Nacional depositados en los salones del Palacio y que esta institución amenazaba con retirarlos si no lo hacíamos. También pude conocer superficialmente el museo al ser vocal nato del Patronato por razón de mi cargo en el Estado Mayor. Pero en cualquier caso algo totalmente diferente era asumir la responsabilidad de su dirección.

La incorporación a mi puesto en Toledo efectivamente no supuso enfrentarme a un abismo incierto, pero sí tuve que saltar sobre una zona completamente novedosa, empezando por la terminología. Palabras como discurso, museología y museografía, anoxia, siglar, BIC, eran desconocidas para mi hasta entonces.

En ese momento habían pasado más de tres años de la inauguración del Museo, que se produjo tras un largo proceso de desmontaje, traslado y montaje en su nueva ubicación, en una operación considerada como modélica en el mundo museístico español, y así me lo reconoció el propio Miguel Zugaza, entonces director del Museo del Prado.

Este movimiento, denominado irónicamente entre los miembros del Museo como “Operación Pato”, es decir “pa Toledo”, había generado una polémica entre los defensores del antiguo Museo del Palacio del Buen Retiro y el nuevo de Toledo. Polémica en la que obviamente, tuve que tomar partido por motivo de mi cargo, pero que me dejó cierta duda sobre quién estaba totalmente en posesión de la razón. Especialmente cuando se encontraban entre los “madrileños” personalidades de muy elevada relevancia cultural.

Las disensiones se centraban, entre otros muchos motivos, en la oportunidad de sacar el Museo de Madrid, en el discurso museístico, en la forma de la exposición, la museografía y en el número de fondos expuestos, una sexta parte del total, amén de otras consideraciones de tipo ideológico y político. Claramente el saldo era totalmente favorable al nuevo museo, como lo demuestra el número de visitantes que se había multiplicado por diez con respecto al de Madrid. No obstante, la sede de Toledo, como todo, era mejorable y a ello dediqué todo mi esfuerzo.

Pero también me surgió la inquietud sobre las características de los museos militares. ¿Deberían ser diferentes a los civiles? En este caso ¿qué características deberían tener? Procedo, por tanto, a aprovechar esta intervención para exponerles algunas conclusiones de lo aprendido con la práctica durante esos apasionantes años en los que tuve el inmenso privilegio de dirigir el nuevo Museo del Ejército de Toledo.

He de reconocer que, si pude hacer la toma de tierra después del lanzamiento y cumplir la misión posterior sin excesivos contratiempos, se debió, en primer lugar, a mis superiores, algunos de ellos aquí presentes que, de forma creo que insensata, me dejaron las manos libres para poder trabajar con mi propio criterio en todas las actuaciones, que fueron muchas, durante este periodo; y, en segundo lugar, al magnífico equipo de colaboradores civiles y militares con el que conté. En cualquier caso, la verdad es que me subí a un tren en marcha que avanzaba al buen ritmo que le habían dado mis antecesores. También tuve una ventaja importante con respecto a ellos. Justo antes de mi llegada, el Museo había recepcionado oficialmente la museografía por lo que ya no estaba sujeta a las limitaciones de la garantía. En pocas palabras, lo que hasta entonces era intocable, dejó de serlo y por tanto tuve la posibilidad poder hacer algunas modificaciones sobre ella.

Pero permítanme que llegado a este punto haga una pequeña digresión de tipo conceptual sobre lo que debe ser un museo. La teoría museística cita los tres componentes clásicos de estas instituciones: el continente, es decir el edificio que lo alberga, el contenido, que son las colecciones y finalmente el público al que va dirigido.

Con respecto al continente existen dos opciones: el edificio histórico o singular y el edificio expresamente construido con este fin. El primero puede representar un complemento de extraordinario valor, especialmente si está relacionado con el contenido como es el caso del Alcázar de Toledo, o la Real Armería, pero también puede ser un gran inconveniente por las limitaciones espaciales, las servidumbres arquitectónicas o los impedimentos legales si se trata de un Bien de Interés Cultural. En el segundo caso, permite disponer del espacio libremente sin ninguna limitación.

En el edificio histórico, como también en el de algunas sedes construidas ad hoc, se puede caer en el peligro de que el continente se coma al contenido quitándole protagonismo. Esta es la sensación que tuve cuando visité por primera vez el Museo Romano de Mérida, en el que el propio guía se extendía en las bondades del edificio del arquitecto Moneo poniendo más entusiasmo que en los fondos que se exhibían.

En segundo lugar, las colecciones. ¿Hay que exponer todo? ¿Debemos decidir nosotros que es lo que debe ver el visitante? ¿Cuáles son los condicionantes del número de fondos expuestos? Lógicamente los más importantes son dos, el espacio disponible y la capacidad de atención del visitante. Aquí hay que recordar esas salas del antiguo museo del Buen Retiro con cientos de fusiles expuestos uno junto al otro, o las banderas llenando el techo y las paredes del Salón de los Reinos, que no dejaban indiferente al visitante.

Una postura muy frecuente en el ámbito de los Ejércitos, especialmente en el de Tierra, es el de los fondos remanentes en los almacenes, con el argumento de que para estar guardados podrían ser expuestos de forma permanente en otros museos periféricos. Esto sería válido para determinadas piezas significativas y con una relación muy especial con la plaza donde podrían exhibirse o en el caso de fondos redundantes. Pero el valor de las colecciones lo determina su conjunto, de forma que, por ejemplo, un investigador pueda estudiar la artillería de la dinastía de la casa de Austria sin necesidad de tener que desplazarse por la geografía española. Como se tratará más adelante esto está directamente relacionado con el campo de las exposiciones temporales

Surge también la cuestión de cómo exponer las colecciones. En este sentido hay varios modelos. El museo romántico del XIX como acabo de citar de nuestro recordado museo de Madrid, donde los fondos en una muestra de horror vacui, se agolpaban hasta colmatar los espacios disponibles. Otro sería el museo “frigorífico”, es decir un número seleccionado de obras expuestas en perfecto orden en condiciones de temperatura, luz y humedad adecuadas, pero con la frialdad característica de este electrodoméstico, eso sí, fondos blancos que no distraigan la atención de los objetos expuestos. Finalmente hay otra modalidad, la que he denominado “Barrio Sésamo” en la que, con la misma didáctica de este conocido programa infantil, se describen y se explican los objetos como si dudáramos de la capacidad intelectual de los visitantes. En esto como en todo no hay una verdad absoluta y se debe encontrar siempre el punto de equilibrio.

El nexo entre el continente y el contenido lo encontramos en la museografía. Aquí es donde tendremos que decidir entre vincular los fondos a las peculiaridades históricas del edificio o, por el contrario, tratar de ocultarlo para no desvirtuar las obras expuestas. Este es uno de los argumentos de los detractores del Museo de Toledo, donde, por diversos motivos, posiblemente justificados, se cubrieron muros de piedra centenarios con paneles blancos.

Con respecto al tercer factor, nuestros clientes, los visitantes, no los podemos elegir, son los que quieran venir, aunque existen medios para atraer a un determinado sector cultural, social o intelectual. Aquí es muy importante la interacción entre el objeto y el visitante. Este último quiere ver, de cerca y en directo, obras de arte u objetos de valor histórico o artístico, por lo que deben evitarse en lo posible las reproducciones, y por su parte el fondo museístico debe transmitir emoción al visitante. De ahí la importancia de la forma expositiva.

Hay diferentes maneras de que un objeto nos emocione. Determinadas obras lo hacen per se. Un ejemplo de esta capacidad de emocionar la tenemos en el que, seguramente, es el museo más antiguo del mundo, la cueva de Altamira, donde un

grupo de nuestros antepasados se dedicó a reproducir en el techo de su vivienda las imágenes de sus aventuras cinegéticas que han quedado desde entonces expuestas sin necesidad de museografía o de cartelas explicativas. Contemplar *El Expolio* de El Greco en la sacristía de la Catedral de Toledo nos deja sin habla sin necesidad de ningún tipo de interlocución. Pero por el contrario una guerrera apolillada, descolorida y deteriorada no nos dice nada, salvo que alguien nos explique que es la que llevaba puesta el capitán Daoiz cuando cayó malherido frente a los franceses el dos de mayo de 1808 en la puerta del cuartel de Monteleón.

Con relación a los visitantes se dan en nuestros museos la circunstancia, obligada en parte, de los protocolos de seguridad para el acceso a instalaciones militares, lo que, unido a la endémica falta de flexibilidad de la institución, hacen en muchos casos casi imposible su visita por personas ajenas. También existe la tendencia a reservarlos para visitas institucionales o en los días de puertas abiertas hurtándoselos a los miembros de la unidad. Sirva de muestra mi experiencia personal como alumno de la Academia General Militar, donde me consta que existe un museo, pero que en los cuatro años que cursé estudios en este centro nadie se molestó en enseñármelo.

Pero hay otros elementos a considerar. El primero y fundamental es el discurso museístico. ¿Qué es lo que queremos transmitir? Esto, por emplear un término de moda, sería el relato. En una palabra y de forma llana, lo que queremos vender. En el caso de un museo de pintura se trata de mostrar los cuadros ordenados de una manera determinada, normalmente por estilos y autores de forma que queden claras las distintas tendencias y escuelas. Por poner un ejemplo más gráfico y profano, si existiera un hipotético museo de la ensaimada en Mallorca, este debería presentar, por ejemplo, los orígenes de este dulce, su evolución histórica, las diferentes variantes geográficas y las tendencias actuales. Si no hiciéramos esto, no sabríamos distinguir si nos encontramos en un museo o en el escaparate de La Mallorquina en la Puerta del sol.

También debemos tener en cuenta las tendencias museísticas que en la actualidad han evolucionado hacia el minimalismo tratando de huir de los museos abarrotados del pasado. Tendencia loable mientras no se caiga en el exceso y la inanidad de lo que he denominado anteriormente como “museos-frigorífico”, por su frialdad y la tendencia a los tonos blancos.

Entramos aquí en la parte central de mi exposición al referirme a los museos militares. En primer lugar, analizar qué tipo de fondos poseen. En el caso del Museo del Ejército hay que decir que dispone de casi 40.000 de diferentes características entre los que se incluyen desde una medalla conmemorativa hasta un carro de combate. Independientemente del mayor o menor valor material o artístico que

puedan tener, su importancia en un museo militar lo será fundamentalmente por su valor histórico. Me explicaré, si hablamos del cuadro de *Las Lanzas* de Velázquez, su presencia en el Museo del Prado se justifica en primer lugar por el autor, pero también por la composición, la distribución de los personajes, el sentido de la profundidad, los diferentes tonos, el juego de la luz, etc.

Este mismo cuadro expuesto en un museo militar, independientemente de su innegable valor artístico, justificaría su presencia por el contenido, es decir la explicación del final del sitio de Breda, la presencia y actitudes de Antonio de Spínola y Justino de Nassau, la actuación de los Tercios españoles durante la guerra de los 30 años, la uniformidad y el armamento de la época, etc. Otros fondos tienen un valor local, es decir vinculado al escenario o a la institución que lo expone. De esta manera habrá fondos en el Museo de la Brigada Paracaidista que harán saltar las lágrimas a sus veteranos cuando lo visiten, pero que dejarán frío a un visitante ajeno a esta Gran Unidad.

Con respecto al discurso, un museo militar debe tener prioritariamente una finalidad didáctica. La desaparición del Servicio Militar hace ya 20 años ha producido un desconocimiento general de nuestras Fuerzas Armadas y su historia entre los menores de cuarenta años. Por eso no se puede desvincular a los museos militares de la historia de los ejércitos. Se puede hablar de su organización, de la tecnología militar, de los medios, de sus componentes, pero siempre habrá que hacerlo de forma cronológica y vinculándolo a la historia. Incluso en el caso del Museo de Toledo donde se dio con la acertada solución de distinguir entre salas históricas y salas temáticas, estas últimas exponen sus fondos siguiendo también una secuencia histórica.

Esto no es exclusivo de nuestros museos. Uno de los más modernos y en mi opinión de los mejores de España, el renovado Museo Arqueológico Nacional presenta, a través de los objetos expuestos, un recorrido por los pueblos de la España actual y del ámbito mediterráneo, desde la Antigüedad hasta épocas recientes. Con esto se consigue un doble objetivo, el conocimiento de nuestra institución y al mismo tiempo el de la historia de España, como es el caso, único en nuestra nación, del Museo de Toledo.

También es esencial el rigor histórico en el relato. En unos tiempos en los que se cuestiona todo lo referente a nuestro pasado, se debe huir de las interpretaciones, describiendo asépticamente los hechos, pero sin ocultarlos o soslayarlos por evitar conflictos. Tenemos un ejemplo muy próximo en Toledo con el episodio del asedio del Alcázar. Tras un primer intento de ocultarlo se expuso dentro de una sala dedicada a la historia del edificio. Hasta la fecha, y han pasado seis años, no ha habido ninguna crítica o protesta por parte de visitantes y autoridades.

La explicación de la exposición se realiza mediante las cartelas y los gráficos. Estos son fundamentales para el público profano, pero un exceso de gráficas quita valor a los fondos expuestos. Por otra parte, las cartelas padecen generalmente de algún mal que afecta a los museógrafos realizándolas en una grafía mínima, lo que unido al extraordinario celo de los conservadores para no dañar los fondos, dejándolos en la penumbra, hacen imposible su lectura para visitantes de cierta edad.

Por supuesto lo ideal es contar con un guía físico con la sensibilidad y la experiencia suficiente para poder adaptar el relato al nivel y los conocimientos del visitante. La mayoría de los ustedes habrán podido disfrutar de la maestría del subteniente Escribano cuando enseñaba los salones del Palacio de Buenavista. También está la guía escrita, pero que hace eterna la visita si tenemos que ir leyéndola o las nuevas tecnologías, como audioguías o la descarga de la aplicación correspondiente en el móvil. Un ejemplo de éxito es el de los *Voluntarios Culturales* que en el caso del Museo del Ejército se han revelado como imprescindibles, por su formación y sobre todo por su dedicación altruista. Pero volviendo a las cartelas, me gustaría insistir en otra diferencia entre la visión militar y la civil de los fondos expuestos. Lo explicaré con un ejemplo. En el Museo de Toledo se expone, perfectamente conservada, la berlina en la que sufrió el atentado el general Prim. Si tienen la oportunidad y la curiosidad de leer la cartela explicativa verán lo siguiente: *Berlina de diario del general Prim. Madera, hierro y cuero. Año 1860.* Volvemos a lo dicho anteriormente, no se puede centrar la explicación en la naturaleza del objeto, sino en que hay que explicar en primer lugar que se trata del escenario de un magnicidio que cambió la historia de España y donde se pueden ver los orificios de entrada y salida de los proyectiles que hirieron de muerte al presidente del Gobierno. Este tipo de error se subsanó, por ejemplo, cuando se incorporó a la colección el coche en el que también fue asesinado el presidente Eduardo Dato, en cuya cartela se dan todo tipo de detalles del atentado.

El sistema expositivo es complejo en un museo militar debido a la variedad de los fondos: cuadros, armas, planos, banderas, uniformes, maquetas, etc. hacen necesario el uso tanto de vitrinas exentas que permitan ver los fondos por los cuatro costados y vitrinas sobre pared para exponer los fondos de solo dos dimensiones. Del primer caso puedo poner de nuevo el ejemplo del Museo Arqueológico Nacional con multitud de vitrinas de cristal exentas, o el proyecto del Museo del Ejército, en vías de realización gracias a la aportación de la empresa Iberdrola, para modificar la exposición de los fondos del Rey Boabdil, de forma que se puedan ver todos los objetos: la marlota, calzas, babuchas, espada, en una vitrina de cristal en el centro de la sala, abandonando su actual situación tipo “fusilamiento” contra un panel, eso sí, de inmaculado color blanco.

No quisiera dejar de lado el tema económico. La administración no tiene capacidad para afrontar la financiación de estas instituciones, ni se puede hacer a través de unas tarifas de entrada elevadas. El futuro, y en parte ya el presente, se debe basar en las aportaciones económicas desde las grandes corporaciones hasta los pequeños mecenazgos. Esto ya se está empezando a canalizar a través de las fundaciones o de las asociaciones de amigos de los museos, pero sería necesario disponer de una legislación de mecenazgo más ambiciosa que resultara favorable para las empresas benefactoras. Puedo poner un ejemplo de los Estados Unidos, el del Museo de la Segunda Guerra Mundial en Nueva Orleans que tuve el privilegio de visitar hace tres años, donde en cada sala figuraba el nombre de la empresa o institución que la había financiado. Aquí hay que ser muy prudentes y cito a nuestro académico y director de la fundación Museo del Ejército, general Ramos: “al final todos llamamos a las mismas puertas”.

Otro punto importante es que un museo no puede permanecer estático. En el caso de los museos militares la incorporación de fondos es constante por la propia dinámica de los ejércitos y su permanente actividad, la diversidad de misiones, así como por la multitud de donaciones de miembros de las Fuerzas Armadas y de las unidades. Lógicamente las exposiciones permanentes, como su nombre indica, no se pueden modificar continuamente, lo que no quiere decir que sean inamovibles. Este dinamismo se consigue fundamentalmente por las exposiciones temporales cuya prioridad debe ser enseñar lo que no se ve, es decir todo lo que se encuentra en la base sumergida del iceberg, los almacenes, así como las nuevas aportaciones.

Otro aspecto interesante es el del museo como “casa de acogida”. Hay multitud de instituciones relacionadas de alguna manera con la cultura de defensa que cuentan con fondos o pueden realizar actividades que complementan la oferta de nuestros museos. En este sentido, en Toledo facilitamos espacios a otras organizaciones para su actividad expositiva, lo que denominamos “micro-exposiciones”. Esto, sin coste para el Museo, llenaba el vacío que se producía en los periodos entre exposiciones temporales. Ejemplos de ello fueron la exposición sobre Arquitectura Defensiva en España, la de carteles sobre la mujer en la Primera Guerra Mundial o la presencia de grupos de recreación histórica como los Voluntarios de Aragón o asociaciones de coches de época.

Para ir terminando, quisiera compendiar todo lo dicho anteriormente con una aportación que puede resumir todo lo expuesto. La tomé de una conferencia de la profesora y académica Mónica Ruiz de Bremón en la facultad de Historia de la Complutense. Definía así en tres puntos las características que debía tener un museo militar: no acumular, es decir evitar el exceso de fondos expuestos; dos por uno: debe satisfacer las expectativas del público en general, pero también las de

los visitantes militares; y finalmente debe presentar la historia orientada a difundir la cultura de defensa.

Finalmente quisiera también compartir con ustedes la instrucción que recibí del entonces jefe de Estado Mayor del Ejército, hoy presidente de la Academia, general de ejército Jaime Domínguez Buj, en el sentido de que tenía que hacer todo lo necesario para que el Museo transmitiera valores. Ahí está la clave: lo mejor que pueden aportar nuestras Fuerzas Armadas a la sociedad son sus valores, consecuencia de una trayectoria milenaria, y el mejor modo de hacerlo es a través de su historia presentada en los museos militares.

Con esto finalizo mis palabras, agradeciendo de nuevo su presencia en este acto y con el recuerdo y mi agradecimiento a todos los que anteriormente y en la actualidad siguen poniendo su esfuerzo y empeño diario para hacer de los museos militares un referente cultural y una muestra permanente de la historia de nuestros ejércitos y de la de España. Muchas gracias.